

es producto, decía, esta aparente sencillez, de una completa y larga cadena de esfuerzo infatigable y sofisticado.

Pero además Maravall es uno de los maestros que nos enseñó a ver la historia de España con nueva y abierta mirada y a algunos de nosotros nos enseñó el oficio de historiar. De las líneas maestras que, por mor del tiempo, no tengo más remedio que resumir apenas en una enumeración descriptiva, Maravall nos ha enseñado la imposible separación de la existencia histórica de los españoles de la historia de los demás países europeos, aun cuando cada uno tenga sus matizaciones propias; nos señaló, en la línea de otros grandes maestros, cómo la perturbación y aun la pérdida de posibilidades españolas en el mundo de la modernidad no dependía de caracteres heredados por el pueblo español y, por ende, inmodificables, sino de factores situacionales, producto de causas múltiples que podían ser analizadas y comprendidas.

Y esta comprensión histórica, científica, en profundidad, estaba en él unida a la certeza, que nos transmitió, de que, en contra del apotegma marxista, comprender suponía ya transformar. Y suponía transformar, esto es, incidir en la realidad, porque realidad y pensamiento, sociedad e ideas, hecho histórico e interpretación se elaboran siempre juntos. Esto es otra de las líneas fundamentales de su fecunda obra de historiador y pensador original.

La historia —escribió él mismo recientemente—, en tanto que acontecer de una sociedad, no puede entenderse desprendiendo de ella un componente de mentalidad o de pensamiento. Y no hace falta añadir —proseguía— que tampoco el pensamiento se conoce en su verdadera significación arrancado de las circunstancias de la sociedad que lo suscita y que lo condiciona.

Esta inseparable interrelación, esa «imagen mental» que los hombres entendemos que es cada hecho histórico y que, como tal, forma parte inseparable del mismo, necesita para su análisis de una complejas redes conceptuales y metodológicas para ser reconocida. Por ello, Maravall ha abordado la historia desde la fecunda perspectiva de las categorías de las ciencias sociales; la sociología, la ciencia política, la economía, la psicología social, la filosofía e historia de la ciencia, están presentes metodológicamente en una inmensa obra, evitando radicalmente cualquier tipo de reduccionismo, pero al tiempo, en una línea que sería la de Braudel y la gran época de los *Anales*, «sujetando» los múltiples elementos con el rigor que, una vez más, sólo grandes maestros pueden poseer. Permítanme que vuelva a sus propias palabras, pues son más significativas y esclarecedoras de lo que yo pueda decir:

Las páginas que siguen —escribió Maravall en su introducción a uno de esos tres magníficos volúmenes de *Estudios de historia del pensamiento español*— se centran en cuatro grandes ramas de la vida social: en el poder político, el derecho, la comunidad y el saber. Cuatro campos en los que se puede desenvolver amplia y ricamente la vida de un pueblo, en los que podemos captar la expresión de sus históricos modos de existencia (...) Cuatro aspectos, sin duda, de cardinal importancia en la imagen de una sociedad. Sobre el *tronco de la Historia social*, las ramas de la historia de la literatura, del arte, del derecho, de la política, de la filosofía, pueden representar aportaciones decisivas para el conocimiento de una época.

De este entramado histórico rico y complejo, Maravall nos sigue enseñando (como en su ultimísimo libro sobre la picaresca, ahora mismo en imprenta), a mirar con nuevos ojos, con nuevas perspectivas, los textos, los hechos, y allí donde parecía que va todo estaba extraído, obtener nuevas y certeras significaciones. Y esta sería otra

de las grandes líneas maestras de su magisterio intelectual y científico. Si la historia está hecha de *supervivencias y de innovaciones*, Maravall sostiene que, sin olvidar ni unas ni otras, el historiador actúa también correctamente, desde el punto de vista de la actividad científica, primando a las segundas en su atención. Maravall nos ha enseñado así a prestar especial cuidado histórico a «lo nuevo», en el sentido — como él mismo decía— de «lo que, en alguna medida, surge y va a quedar, alterando las líneas de la mera supervivencia».

Entiéndase bien, pues, no lo moderno en el sentido de lo último, no lo nuevo en el sentido de lo excéntrico que busca originalidad sin darse cuenta de que toda creatividad descansa o toma impulso en la tradición, sino lo nuevo, la innovación, en cuanto factor del cambio histórico; en cuanto el cambio podría ser la esencia de la Naturaleza, de las sociedades e incluso de los individuos; pero precisamente por ello necesita y exige a su alrededor de un esfuerzo especial para preservar la continuidad, o si se quiere, el problema de la tradición en medio del cambio.

Así, la obra de Maravall ha insistido en ese factor de cambio y nos ha hecho recapacitar sobre temas, conceptos, puntos de inflexión históricos, que se han revelado como instrumentos de enérgica operatividad. Piénsese en sus estudios sobre el pensamiento utópico, sobre el concepto del Barroco, pero también en sus minuciosos y documentados análisis sobre el sentido, en distintos contextos históricos, de temas recurrentes en la tradición occidental como los conceptos o las «voces» (según él mismo los ha denominado en ocasiones, mostrando especial sensibilidad hacia los cambios léxicos y semánticos en el lenguaje), los conceptos o «voces» —decía—, de «felicidad», «civilización», «estadista», o lo «español», la «tradición», la «sensibilidad», la expresión «Corona de España», la «industria y lo industrial», etc.

Así se explica el fuerte impacto que la obra de nuestro autor ha producido en las investigaciones y estudios históricos y sociales dentro y fuera de nuestro país y el haberse convertido, sus libros y sus artículos, en referencia obligada en todas las universidades del mundo donde se estudia el pensamiento español.

Todo esto queda de manifiesto en el libro que, como pequeño pero sentido homenaje, hoy nos congrega a todos nosotros a su alrededor. En la preparación del mismo —más larga de lo que hubiera sido el deseo de todos los que hemos participado en él— hay dos cosas que quisiera especialmente resaltar—, porque creo vienen a cuento de estos breves apuntes sobre la obra de Maravall.

Una es la acogida entusiasta que la idea del homenaje tuvo en la comunidad científica; tres gruesos cartapacios guardan una correspondencia con los colaboradores de estos volúmenes del libro, correspondencia que excede los límites de lo convencional para convertirse a su vez en homenaje directo, científico y afectivo hacia la obra y la persona de D. José Antonio Maravall. Ya es significativo que distintas generaciones, estudiosos de tan distinto signo, hayan respondido, repito, con tal entusiasmo a la invitación del homenaje y que se hayan manifestado tan espontánea y generosamente en esa correspondencia que podría ser, por sí sola, un buen testimonio de la estimación y respeto que el hombre y el científico que es Maravall ha lo-

grado suscitar a lo largo de su vida. Desde los autores nacionales y extranjeros consagrados hasta los jóvenes profesores que inician ahora su andadura, por no hablar de sus últimos alumnos de licenciatura de hace tres años, todos se han volcado en esta ocasión, como pueden ustedes mismo comprobar. Ello obligó a que la organización del mismo se montara sobre el simple orden alfabético, dada la dificultad de deslindar en apartados esquemáticos las riquísimas colaboraciones que historiadores e investigadores de la economía, de la ciencia política, del arte, de la literatura, de la ciencia, habían aportado. Pero como esta multiplicación de enfoques en el homenaje hace honor al abanico amplio y riguroso que Maravall abarca en su obra, como antes decía, creemos que resulta coherente con la unidad de fondo metodológico que ha presidido toda la tarea de nuestro autor.

La otra particularidad que quisiera resaltar afecta al propio orden de la bibliografía de Maravall. Este orden bibliográfico, sencillamente anual, habla por sí solo de la capacidad intelectual, de la inmensa erudición, del trabajo infatigable que ha desarrollado de manera creciente, a medida que han pasado los años, D. José Antonio Maravall. Habla también de la unión tan difícil de conseguir, entre un pensamiento maduro, en plena producción científica, y la juventud y frescura intelectual que le permite estar en una continua creación. Ese orden bibliográfico nos revela una creación y elaboración que se va incrementando a medida que pasa el tiempo, que no tiene momentos álgidos para después estacionarse, sino que crece sorprendentemente y de forma segura cualitativa y cuantitativamente. Autor de casi una treintena de libros que han resultado decisivos en la mayoría de sus temas, Maravall ha publicado un impresionante número de artículos especializados y estudios monográficos que abarcan desde temas medievales a aspectos y corrientes de pensamiento desde los siglos XVI al XX. Académico de la Historia, catedrático de la Universidad Complutense, catedrático asociado de varias Universidades europeas y americanas, doctor *honoris causa* por las Universidades de Toulouse y de Burdeos, presidente de la Asociación Española de Ciencias Históricas, la relación de sus méritos, distinciones académicas y publicaciones haría muy larga esta semblanza. Pero, para terminar este esbozo de ella, quisiera referirme a algo sobre lo que ya escribí en alguna ocasión y que quisiera repetir ante ustedes pues completa el perfil del maestro que siempre ha sido. Se trata de que Maravall no es sólo —con ser mucho— un sabio historiador, intelectual respetado y querido, sino también una persona humanamente entrañable y cercana a los demás con el paso de los años, uno de esos profesores y amigos que ha crecido con el tiempo en sabiduría, en bondad, en comprensión, y que creo sinceramente que ha triunfado en buena medida en ese «difícil arte de vivir», haciendo —como decía un ilustrado del s. XVIII— de uno lo que uno aprende, disfrutando de lo que uno hace y creando, junto con su mujer, M^a Teresa, siempre inteligente y sensible, un entorno armonioso que parece confirmar la fuerte creencia que este «humanista moderno» —como se le definió en Francia— tiene en el poder de creación de los hombres. Muchas gracias por todo, Don José Antonio.

M^a Carmen Iglesias